

**PROCLAMA DEL JEFE SUPREMO DE LA REPÚBLICA,
FELIPE SANTIAGO SALAVERRY,
A SUS CONCIUDADANOS, EL 25 DE FEBRERO DE 1835**

Conciudadanos:

Largo tiempo hirieron mis oídos los clamores del patriotismo humillado, del honor vulnerado, de la inocencia perseguida. Largo tiempo bebí a grandes tragos el cáliz amargo lleno de las lágrimas que las víctimas de un Gobierno opresor, vertieron en el seno de un retiro que aún les disputaban sus duros dominadores. Largo tiempo contemplé a mi patria destrozada por un club de hombres sin moral y erigido en su seno el altar nefando de las venganzas, ante el cual humea todavía el fuego destinado a horribles sacrificios. Respeto fanático al orden y amor desmedido a la paz pública, me retuvieron en una calma de que debo arrepentirme. No fueron bastante poderosos los votos de los peruanos más distinguidos por sus luces y su patriotismo, para obligarme a abrazar una resolución en que exponía mi honor tan antiguo como mi carrera militar. He visto enriquecerse a una facción en medio de la indigencia general. He visto cubiertos de los andrajos de la miseria, objetos del escarnio, a los veteranos de la independencia, a los que combatieron a mi lado en los campos de la gloria y unieron sus esfuerzos a los míos para romper la cadena de la esclavitud. He temblado de horror al descubrir los ominosos planes del ministerio y los lazos traidores, armados a la sencillez de mis compatriotas. Sin embargo he permanecido en la actitud de frío y melancólico espectador, guardando del asalto de las dudas mi reputación sin mancha, hasta que a la voz tímida de todos los buenos peruanos, se unió la varonil de la guarnición de la fortaleza de la Independencia. En momentos tan críticos la razón me aconsejó que presidiera empresa tan justa aunque arriesgada; y haciendo callar a mis intereses privados y a despecho del amor propio, me resigné a sacrificar en las aras de la patria mi tranquilidad, y quizá mi buen nombre, sin reservar la ofrenda de mi vida.

Lejos de mí la idea de nadar en torrentes de sangre para llegar al solio, cuyo brillo no alucina a un alma republicana. El cielo es testigo de la pureza de mis deseos y de que no han podido ser mayores mis esfuerzos para vencer con el idioma vigoroso del raciocinio, antes que con el estruendo del cañón, la obstinada e insana resistencia del jefe accidental, triste juguete de un puñado de criminales faltos de previsión y de cordura. Lejos de ceder a la ley de la necesidad y considerar el pronunciamiento de la guarnición como el eco de una opinión comprimida en mucho tiempo, empero general y constante, llamó a su alrededor a salteadores conocidos con el título de montoneros, armándolos en su delirio. Triste y último recurso que le resta a un Gobierno que implorando el socorro de los ciudadanos, recibe por única respuesta los silbos del desprecio y se encuentra en la dolorosa necesidad de abandonar la capital de su residencia, cargado con sus remordimientos y perseguido por las maldiciones de los buenos.

Peruanos:

Ahí tenéis el cuadro aflictivo de vuestra patria. Yo caería en este momento en un mortal desmayo si para embellecerlo no contara con vuestra cooperación; si no me viera rodeado de los jefes más ilustres del Ejército nacional; si no comparase mi causa con la de los faccionarios que corren en fuga precipitada; mío es el sufragio de los patriotas, de ellos la execración de los pueblos.

Limeños:

Yo me envanezco hoy de participar de este título. Habéis probado con vuestra sabia comportamiento que no son las ideas abstractas sino los intereses reales, el móvil de vuestros proceder y que sabéis descubrir entre las flores de las promesas hijas de miedo, el áspid ponzoñoso de la traición.

Conciudadanos:

El orden hará que la fortuna corone una empresa por la que no exijo otra recompensa, que ver reunida en la calma de las pasiones una Asamblea Nacional compuesta de ciudadanos libremente elegidos, extraños a los partidos, en cuyo seno pueda desnudarme con gozo de una autoridad abrumadora.